



Santiago
Kovadloff
*Ensayos
de intimidad*

emecé

Santiago Kovadloff

Ensayos de intimidad

emecé | Biblioteca Santiago Kovadloff

Sobre el ensayo como ejercicio de intimidad

|

Quien entienda como propios del género los atributos que Montaigne supo infundirle o los que, aún más lejanamente, le imprimió la inspirada meditación de Séneca sin duda estimará que el título de este libro peca por redundante. De hecho, si en esos atributos se piensa —atributos que, entre tantos otros escritores, privilegiaron Stevenson, Lamb, Lichtenberg, Chesterton y Gracián—, ¿qué otra cosa puede ser un ensayo más que una ofrenda de sostenida intimidad?

Con la palabra *intimidad* remito yo a esa región espiritual y a ese modo de contacto en los que damos a conocer, no exactamente lo que pensamos, sino, más honda y ampliamente, lo que somos. De modo que, cuanto en la intimidad aflora, no necesariamente ha de ser lo que de manera premeditada nos proponíamos brindar, sino lo ineludible, lo que no podemos soslayar sin que, al hacerlo, no estemos traicionando nuestra espontaneidad, nuestra sed de transparencia, nuestras necesidades de expresión más sustantivas.

En tal sentido, el ensayo de intimidad se aventura hacia esa orilla siempre anhelada que nos incita a escribir y que, alcanzada, permite dar a publicidad nada más y nada menos que el latido de una vida; el repertorio de ideas, expectativas, sensaciones, sueños, desencantos y conflictos que la configuran y que, sin llegar a constituir una síntesis acabada, se enhebran en la palabra dando forma a una huella discernible y reveladora del caminante que somos.

Pero el vuelco impuesto al género por las costumbres terminó por apartarlo de esta afición a lo subjetivo. La predilección colectiva, afianzada con los siglos y consumada en el nuestro, terminó designando *ensayo* a una dilatada y amorfa gama de escritos que con todo tienen que ver menos con el retrato o la exploración del alma de sus creadores. Bautizado y nacido oficialmente en el siglo XVI, en respuesta al anhelo de escapar al discurso escolástico —helado e impersonal—, el ensayo, desdibujado por las presiones del más crudo imperativo analítico, terminó ahogado por el abrazo de esa hidra de cien cabezas que es la monografía académica.

Sumiso en apariencia a la demanda que de su nombre se hace desde los incontables oficios vinculados, de un modo u otro, con la expresión escrita, se presume que el ensayo manifiesta sus propiedades en la producción teórica de arquitectos, semiólogos, arqueólogos, juristas, psicoanalistas y pedagogos, sociólogos, políticos y economistas, para no hablar de habilitados como yo en filosofía, historiadores, matemáticos, teólogos, geógrafos y cultores de la ciencia de la salud. Casi todos ellos invocan la palabra *ensayo* para rotular lo que escriben. A tanto llegó, en conse-

cuencia, la indulgente amplitud del concepto que, a fuerza de abarcar mucho, terminó apretando poco. Poco de inconfundible, poco de literariamente preciso y poco, muy poco, de cuanto fuera tan suyo en el orden del tono, del *tempo*, del modo de enunciación.

Es un hecho que hoy el arte de la digresión en prosa, ese despliegue de impresiones personales, ligeras en apariencia y dispersas a primera vista pero aunadas, si se sabe leerlas, por un secreto aliento común, una atmósfera típicamente conjetural, y esa cadencia en la elocución que es siempre la de una voz que nos busca poco menos que como amigos, constituye, ahora, algo menos que una vía muerta en la literatura. A pocos convoca ya y rara vez induce a quebrantar el consenso para volver a llamar *ensayo* a lo que con tales características se produce.

Por cierto, hay algunos escritores a contrapelo de esta tendencia general. Ellos prueban rotundamente que el ensayo que reivindicó sigue siendo una práctica que no por subestimada ha dejado de cumplirse. Al respecto es para mí más que elocuente, *empolgante* —como diría un brasileño—, el parecer del guatemalteco Augusto Monterroso. «Yo pienso —declara él— que el ensayo a la manera de Montaigne, Hazlitt, Lamb o Reyes, es una de las grandes bendiciones de la literatura: la libertad total, el gozo de decir las mayores verdades sin el compromiso de demostrarlo, la oportunidad de criticar a tus semejantes sin herirlos ni desear que cambien. [...] Sin embargo, pasan los años y el público español y latinoamericano oye decir *ensayo* e indefectiblemente piensa en trabajos académicos aburridos, y entonces lo rechaza y se pierde de disfrutar de un género enriquecedor a la vez que divertido. ¿Cómo

deberíamos llamar al ensayo, cómo rebautizarlo para que esto no suceda?».¹

||

Nada, creo yo, se ganaría abdicando de la palabra *ensayo*. Me parece infundado presumir que, con ello, ahuyentaríamos la indiferencia y desbarataríamos la incompreensión. El mal está en otra parte y rebasa o precede el orden de las nomenclaturas. Si con algo tiene relación, es con la índole de los vínculos que el hombre está dispuesto a establecer con su difusa verdad. Mientras se considere apto para adueñarse de sí como de un objeto e inscribir su presunta identidad en un relato de intención exhaustiva, como quien clasifica o lleva a cabo un inventario y ejerce sobre sí su señorío, ese hombre solo verá en el ensayo, tal como yo lo estimo, vaguedad e imprecisión, el síntoma de una infundada apatía ante el rigor, el auge, en suma, de la irresponsabilidad discursiva que amortigua en la mera conjetura lo que al menos debiera aspirar a ser expresión cabal de conocimiento. Así, y en el mejor de los casos, insistirá en llamar *ensayo* a lo que lo es más por prepotencia que por derecho y, en cambio, a lo que sí lo es con todo derecho le volverá la espalda con desprecio.

No estoy, por eso, dispuesto a rendir la plaza y dejar que la palabra *ensayo* se esfume del campo donde la quiero, llevada y traída por quienes, a mi ver, la malemplean.

1. Augusto Monterroso, *La Nación*, suplemento *Cultura*, Buenos Aires, 6 de octubre de 1997, pág. 6.

Connota tanto para mí y tanto de bueno y de literariamente imprescindible que la sola idea de abdicar de ella se me impone, fatalmente, como renuncia a su misma sustancia; esa que Bioy señaló como nadie al decir que lo propio del ensayo es «un estilo despreocupado y llano, un tono de conversación junto al fuego». ² ¿Qué significa esto, sino intimidad? Asimismo y por no depender de «formas y porque se parece al fluir normal del pensamiento, el ensayo es tal vez uno de los géneros perpetuos». ³

Claro que, en el afán de combatir por la reconquista del término, no se trata de emprender una cruzada nominalista y hacer arder, en la pira de los demonizados, a los que alguna vez se quedaron con el monopolio de su empleo. Se trata, sí, de atenerse a una convicción. A las cosas por su nombre, dijo alguien que sabía, y no veo por qué desoírlo si ese nombre, en nuestro caso, dice tanto y tan bien acerca de aquello a lo cual remite.

Es cierto que los brasileños resolvieron el asunto cediendo ante el espesor ganado por la costumbre y, tras reconocer el logro de la embestida académica y la exitosa apropiación que del término ella hizo, impusieron la palabra *crónica* para designar ese ejercicio de intimidad en prosa al que yo me resisto a dejar de llamar *ensayo*. Es innegable, asimismo, que con esta adopción novedosa la sustancia del género nada perdió de su encanto inconfundible. Escritores como Paulo Mendes Campos, Fernando Sabino, Rubem Braga, Drummond o Marcos Rey

2. Adolfo Bioy Casares, *Ensayistas ingleses*, «Estudio preliminar», Buenos Aires, Jackson, 1946, pág. 30.

3. *Idem*, pág. 32.

probaron una y mil veces la verdad de lo que digo. Más aún: estoy persuadido de que tanto brilló el ensayo en la voz de estos *cronistas* que hasta entonces nada igual llegó a ocurrir en la literatura brasileña. Pero —y Dios sepa perdonar mi obstinación— yo sigo prefiriendo la palabra *ensayo* para referirme a lo que tan admirablemente hacen e hicieron los *cronistas*. Coincide mi insistencia con el parecer de los estadounidenses, quienes suelen recopilar y difundir en antologías los mejores textos del género producidos y publicados cada año. Ellos, a diferencia de los ingleses, que se han dejado ganar por esa severidad académica que George Steiner hizo estallar en mil pedazos, se empeñan en llamar *ensayo* a esas piezas breves, digresivas, coloquiales, abiertas al cruce incesante de la poesía con la vida cotidiana, el sentido común con el misterio, la gravedad con el humor y la anécdota con la reflexión más inspirada, conjugados todos esos caminos en una indeclinable primera persona del singular, atenta a cuanto le pueda importar: de la política a la fe, de la pintura al deporte, de la astronomía a la culinaria, del cantejondo a la física y de la afición a las caminatas a la defensa de la causa *gay*. En fin, no se trata de sentar aquí jurisprudencia sobre un asunto que todo lo tolera menos la arrogancia de la reglamentación. Se trata, más bien, de optar; de expresar preferencias y aun necesidades, y de argumentar y contraargumentar a su favor, sin pretender agotar su sentido en los enunciados propios ni la riqueza del tema en un abordaje exclusivo.



Perfilado de este modo lo que pienso, sería ingenuo ignorar que incluso para los convencidos de que el ensayo nada tiene que ver con la intimidad, el título de este libro ha de resultar igualmente inaceptable. Ya no por tautológico sino por aspirar, sin legitimidad alguna, a reintroducir, en los dominios del género, lo que tan oportunamente fue erradicado de él. ¡Que se busque y encuentre la intimidad en la poesía, en el cuento, en el teatro y la novela, y que el ensayo no pierda su apego a la lógica y siga siendo estricta exégesis y reflexión!

Puesto que todo tiene su historia, no habría por qué creer que no la tiene también esta moderna condena del ensayo como despliegue de la afición a lo personal y subjetivo. Ya distinguía Kant, en 1798, entre el «filósofo y el simple artista de la razón»,⁴ viendo en este último, con indisimulada ironía, a un escritor dotado para el ejercicio sensual y ameno del pensamiento pero privado de la indispensable gravedad y la sistemática contundencia que deben distinguir al metafísico acabado.

Pero en un sentido estricto, la objeción oficial del ensayo como ejercicio de intimidad la asentó, en nuestro tiempo, nada más y nada menos que Gilbert Chesterton. Y si así lo resalto, con un nada más y un nada menos, es por descontar que no habrá quien, conociéndolo, ignore que Chesterton supo ser el dotadísimo cultor de aquello mismo que terminó por denostar.

4. Immanuel Kant, *El poder de las facultades afectivas*, Buenos Aires, Aguilar, 1968, pág. 15.

La pieza titulada «Sobre el ensayo» no debió haber sido escrita por el gran prosista inglés antes de 1900, época en la que «el espíritu positivo» ya había extendido su manto poco menos que sobre todo, incluida la concepción chestertoniana del género.

En el texto al que remito, empieza Chesterton por subrayar su apego franco al ensayo. Dice de él que su lectura es la que mayor deleite le proporciona «después [de ver satisfechas] esas necesidades intelectuales realmente serias que [lo impulsan hacia] las novelas y cuentos policiales escritos por locos». Tras recordarnos que «por su misma naturaleza [el ensayo] no explica con exactitud lo que se propone hacer y elude así un juicio decisivo sobre si lo ha hecho realmente», se afirma Chesterton en su embestida, señalando que al ensayo lo acosa un peligro práctico emanado de su propia laxitud formal: «Trata constantemente de cuestiones teóricas sin la responsabilidad de ser teórico o de proponer una teoría». Y remata su planteo diciéndonos con preocupación que, a su juicio, «el ensayo se ha alejado demasiado de la tesis». Sería, pues, un género excedido en el ejercicio de sus atribuciones. Aficionado a la especulación pero reacto a las hipótesis y el método propicio, adolecería, además, de una propensión tan marcada al juego retórico que poco y nada parecieran importarle sus inconsecuencias lógicas. «Hay una especie de cualidad irracional e indefendible en muchas de las frases más brillantes de los ensayos más bellos», diagnostica Gilbert Chesterton. «No hay ensayista que me satisfaga más que Stevenson; no hay, probablemente, un hombre viviente que admire a Stevenson más que yo. Pero si tomamos alguna frase favorita y citada con

frecuencia, como “Viajar con esperanza es mejor que llegar”, veremos que proporciona una escapatoria para sofisticadas y sinrazones de toda clase. Un hombre —remata Chesterton— no viajaría con esperanza si creyera que la meta será desilusionante en comparación con los viajes. [...] Se supone que el viajero pone su esperanza en el término del viaje y no solo en su continuación». No menos terminante que con Stevenson se muestra Chesterton con Hazlitt, tan admirado, no casualmente, por Stevenson: «Si se hubiese visto obligado a exponer sus ideas sobre la democracia en forma de tesis como los escolásticos medievales, [Hazlitt] habría tenido que pensar con mucha más claridad. [...] Confieso que no estoy seguro de si, en este caso, habría escrito tan buenos ensayos».⁵

Si Dante hubiera encorsetado su intensísimo pensamiento en la teorización pura, en lugar de brindarlo, caudaloso como es, en un poema sin igual, habríamos contado con un raquíptico fruto especulativo más, como lo prueba su tenue escrito *De la monarquía*, y perdido a un escritor gigantesco en el arte de dar vida a sus ideas. Y si Montaigne, a su vez, se hubiese resistido a dejar un tan bien meditado testimonio personal de sus conflictos, pasiones, preferencias, contradicciones y prejuicios para legarnos, a cambio de tamaña autenticidad, un pulcro y anémico inventario de valores y disvalores en el que la lógica rebosara de vigor y la vida se abstuviera de fecundar los conceptos, la cultura occidental habría quedado tan desvalida como Vulcano en el ejercicio de sus poderes, mientras la cien-

5. Gilbert Chesterton, *Ensayos*, México, Porrúa, 1985, pág. 125.

cia de la ética habría sumado una prótesis más a las muchas que ya tiene.

Es por lo menos sorprendente que un escritor de la sensibilidad de Chesterton no haya advertido todo esto al ponderar el alcance de la prosa de Stevenson y Hazlitt. A un siglo de distancia, no queda, en consecuencia, otra cosa que decir acerca de las reservas de Chesterton ante el ensayo y sus oficiantes, que ellas no son sino la expresión del desasosiego característico de un racionalista empecinado en no ver lo que la realidad tiene de sutil, esquivo, equívoco, insinuante e inaferrable para el entendimiento y aun para el corazón.

¿De qué habla, al fin de cuentas, Stevenson cuando asegura que «viajar con esperanza es mejor que llegar»? Es obvio, para muchos de nosotros, que esa frase, ciertamente espléndida por lo conmovedora, no ha querido sacrificar la coherencia de su sentido en el altar de la hermosura. Es, a todas luces, la frase de un hombre que ha viajado mucho. De un veterano de incontables partidas y arribos, como bien lo prueba su biografía. De un aventurero que ha vuelto de innumerables sitios y largas travesías, emprendidas y sostenidas en su transcurso con el fervor de la expectativa franca, del deseo de llegar adonde se lo había propuesto. De un hombre que, tras haber desembarcado en cada uno de sus destinos anhelados, terminó descubriendo, a fuerza de sentirse desconsolado por la pobreza de sus hallazgos, o su valor relativo, que el mejor puerto de llegada es aquel que alcan los sueños cimentados al partir.

Solo un obcecado por la literalidad, un idólatra del silogismo o un devoto de lo inequívoco (¡y cómo cuesta re-

conocer a Chesterton en esta figura!) puede subestimar la experiencia radical a la que Stevenson, viajero paradigmático si los hay, remite con su hermosa reflexión.

«La idea del porvenir es más fecunda que el porvenir propiamente dicho». ¿No habría asegurado Chesterton que Henry Bergson pertenecía a la misma legión de retóricos sin coherencia en la que inscribe a Stevenson, si hubiese leído esta consideración tan suya? Es lógico que así lo hubiese hecho pero no es nada más que lógico. Y ni que decir tiene que habría impugnado, por igual motivo y con idéntica resolución, un poema como «Ítaca», en el que Konstantinos Kavafis recomienda:

Ten siempre a Ítaca en la memoria.

Llegar allí es tu meta.

Mas no apresures el viaje.

Mejor que se extienda largos años;

y en tu vejez arribes a la isla

con cuanto hayas ganado en el camino,

sin esperar que Ítaca te enriquezca.

Ítaca te regaló un hermoso viaje.

Sin ella el camino no habrías emprendido.

[...]

Aunque pobre la encuentres, Ítaca no te
/engañará.

Rico en saber y en vida, como has vuelto,
comprendes ya qué significan las Ítacas.